



LA CARICATURA COMO NECESIDAD DE PLASMAR LO QUE EL OJO VE. ENTREVISTA CON MARTÍN LASALT¹

Giuseppe Gatti Riccardi

(Università degli Studi Guglielmo Marconi – Universitatea de Vest de Timișoara)

El encuentro con el escritor uruguayo Martín Lasalt (1977)² tiene lugar en un domingo del otoño austral, en una cafetería casi desierta, en plena Ciudad Vieja. Justo en estos días, la grave crisis de sequía que golpea el país desde comienzos del año ha vuelto a colocar una novela como *La subversión de la lluvia* (la más reciente del autor, 2017) en el lugar donde la literatura se convierte en reflexión sociocultural y política. El objetivo de la presente conversación con Lasalt reside en efectuar un breve recorrido por su producción ficcional, transitando por puntos –o nudos– fundacionales de su narrativa, como el papel del humor (a veces, herramienta para sobrellevar el sufrimiento, otras instrumento para intentar «comprender los incomprensibles») o la caracterización del «odio cansado» como un estado previo al amor.

G.G.R. – La literatura uruguaya actual sigue teniendo poca visibilidad y escasa difusión en el extranjero, a diferencia de lo que ocurre con la actual promoción de escritores argentinos, chilenos, colombianos o mexicanos. ¿Crees que puede influir en este fenómeno el tamaño limitado del mercado literario y editorial nacional? ¿O son los textos de ficción uruguayos los que se auto-marginan, por ubicarse, quizás, en un espacio extra-canónico?

1 La presente entrevista forma parte de una investigación sobre narrativas en español del siglo XXI ligada al proyecto Erasmus+ KA220 *Literature in praxis: Professional challenges of reading, translating and editing in digital age* (2021-1-SI01-KA220-HED-000023037).

2 Martín Lasalt nace en Montevideo en 1977 y empieza a afirmarse en el ámbito literario nacional en 2015, cuando su novela *La entrada al Paraíso* gana el Premio del Ministerio de Educación y Cultura Editorial Banda Oriental 2015 y se hace además merecedora del Premio Narradores de la Banda Oriental - Lolita Rubial 2015, del Premio Bartolomé Hidalgo Revelación 2016 y del Premio Ópera Prima 2017. En 2016 Lasalt publica en Montevideo la novela breve *Pichis* que recibe una Mención especial del Ministerio de Educación y Cultura 2018 y es traducida al francés y publicada en Francia por Editorial L'atinoir, en 2018. Su tercera novela, *La subversión de la lluvia*, se publica en 2017, dos años antes del volumen de cuentos *Un odio cansado* (2019). Lasalt ha colaborado en volúmenes colectivos y antologías como *13 que cuentan* (2016), *25/40 Narradores de la Banda Oriental* (2018), *Las historias que Fressia no contó* (2018). En 2020 fue premiado con una beca a la creación artística del Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay.

M.L. – Buena pregunta. Sin duda lo limitado del mercado nacional influye a nivel editorial, pero también es probable que con menos posibilidades de crecimiento ocurra una exploración estética fuera de lo «canónico», sea lo que sea eso a estas alturas. O sea que los límites materiales propician una búsqueda estética más libre. Algo como «voy a hacer lo que quiero, si igual no me vas a comprar».

G.G.R. – ¿Sería posible afirmar que en tu literatura se aprecia una visión del mundo en la que los personajes padecen un proceso de caricaturización? Hombres y mujeres se ponen una máscara, se mueven por un mundo gris como en un carnaval sin ruido, hasta perder su lugar en el espacio social: parecen desprotegidos, hasta casi perder su consistencia física. ¿Es una expulsión de algún paraíso?

M.L. – Hay un texto mío sobre Montevideo que plantea cosas parecidas a partir de una sensación de la ciudad, al menos de la ciudad de la literatura, que es un lugar al que van a parar diversos tipos de desterrados, que viven en un lugar sin tiempo, expulsados del paraíso, capaz, pero viviendo una forma de paraíso a la vez, con una paz culposa. Lo curioso para mí es que hay un proceso de caricaturización en la percepción real de la gente antes que en la literatura. Con el paso de los años los tipos humanos se le van haciendo más claros a uno, se asientan, hasta que las caricaturas parecen la forma más exacta de un retrato. Es algo que me parece había captado Kubrick y lo retrataba en sujetos enajenados. Repetía tomas de un momento de enajenación hasta que el actor expresaba una verdad del personaje. Sin embargo, creo que esa verdad de los personajes no se ve solo en el momento del desborde, no hace falta empujar a un personaje hasta que pierda la cordura para ver qué queda: esa verdad puede revelarse con el punto de vista. Una vez que en la realidad, con tu punto de vista reconocés los tipos y las pequeñas locuras cotidianas de todos, la caricatura no va a brotar de una propensión a reírte del personaje, sino de una necesidad de plasmar lo que efectivamente ves.

G.G.R. – Pensando en el conjunto de tu obra narrativa y sobre todo en una novela como *Pichis*, protagonizada por el Cholo y la Chola, individuos que viven en situación de calle, parece claro que los espacios sociales que prefieres describir son los relacionados con el mundo de los marginados. Sin embargo, no suele haber tragedia en tus páginas, sino una reflexión amarga, a menudo salpicada de humor. ¿Cómo has ido construyendo esa poética?

M.L. – Lo trágico tiene muchas veces una intención didáctica, así como sedante. Por una parte, se baja línea de lo que está bien y lo que está mal, se señalan con claridad los errores que llevan a la caída, y dejan al lector, o al espectador,

conmocionados pero limpios, sanos, aislados de la cosa. La reflexión amarga y a veces salpicada de humor, como dices, no apunta a una constatación racional que cierre los temas, sino al contrario, que los abra. Es un lugar común decir que una novela no debería buscar respuestas sino proponer preguntas, pero también es cierto que desde la propia estructura de las narraciones la propuesta de una novela apunta a cerrar asuntos, dejar en claro dónde está lo bueno y dónde lo malo, o incluso colocar a la pregunta de la novela como lo bueno. Pero la realidad no tiene soluciones. En cierta medida, hay soluciones al hambre, por ejemplo, pero no la hay a algunas características humanas que llevan al sufrimiento. Cuando nos enfrentamos a los fenómenos más amargos de la naturaleza no nos quedan opciones reales más que aceptarlos como son y aliviarlos con humor.

G.G.R. – En *Un odio cansado*, tu primer libro de relatos, el adjetivo que utilizas en el título le da al lector unas pautas interpretativas clave para comprender la naturaleza de ese sentimiento: los personajes de los diez relatos sienten un odio frustrado, desilusionado, cautivo de las circunstancias; viven una vida inauténtica por demasiado ordenada y prolija, y sienten que se están equivocando. ¿Podría decirse que en el momento en que ese odio se vuelve acción, funciona como un acto de destrucción de la falsedad de sus existencias?

M.L. – El odio cansado es un estado cercano al amor, me parece, porque es previo. Si uno se cansa de odiar, si se le ha ido la vida en odios que ya no tienen justificación ni energía, es posible que sobrevenga la paz, posiblemente, o el amor. El revolve en el mismo círculo de pensamientos y sentimientos, sin pasar a la siguiente etapa, encerrado en un pasado que hay que recrear día a día para que siga allí, es un proceso que tiene que terminar; tiene que llegar un momento en que el ser humano no encuentre suficientes energías para continuar odiando y el presente debería irrumpir con naturalidad, despojado del rencor del que, a lo sumo, debería dejar un resabio, un tono, pero no una fórmula para representarse el mundo. Hay un taxista en la *nouvelle* que cierra el libro que tiene ese sentimiento de cansancio, pero un cansancio positivo mientras cuenta sus dolores. Se trata de una sensación de que la vida todavía tiene más para él, pero sobre todo que él todavía tiene más que devolverle a la vida. A medida que este personaje cuenta sus situaciones se va librando del rencor y del odio, y se despoja, claro, de las respuestas que tenía preformadas para un mundo que ya no es, y ahora recibe el futuro con menos cargas, empezando de nuevo casi con esperanzas.

G.G.R. – En tus obras, tal como se aprecia precisamente en *Pichis*, se tiene la impresión de que buscas una superposición de realismo y absurdo; y lo mismo

ocurre con la mezcla continua de drama y humor que mezclas en tu narrativa. ¿Es así como ves el mundo?

M.L. - Como te comentaba antes en referencia a los tipos humanos como caricaturas, también el mundo se puede comprender con una mezcla de drama y humor por lo que uno mismo es. En el fondo no hay verdadera diferencia en la cosa, sino en el punto de vista, y los puntos de vista en una obra sufren una fatiga, tanto cuando los escribís como cuando los lees. No es posible lamentarse durante mil páginas. Se hace, claro, todos los días se editan libros de gente que no puede más que lamentarse, e incluso parece que hay gente que rellena toda la vida con una canción de lamento, pero qué aburrido es, qué plano ese mundo en el que no hay fisuras ni preguntas ni alivios, sino puro lamento desconectado de la vida. Y lo mismo si se intenta hacer solamente humor. Qué chatura y qué burrada. El humor es una forma de intentar comprender lo incomprensible, una evidencia de que el pensamiento lógico no puede abarcar la realidad. Cuando es bueno, resulta un ejercicio de la inteligencia, una forma de despertar, porque es un juego de categorías sin solución y resulta a menudo una de las puertas a una sensación espiritual, sea lo que sea eso.

G.G.R. - En *La entrada al paraíso*, la experiencia traumática que viven los dos jóvenes protagonistas tiene que ver con la desaparición de su único hijo, todavía un bebé. ¿Puede leerse este episodio como una metáfora de las desapariciones que acontecieron en la década del setenta en Uruguay?

M.L. - Sí, claro, pero no es solo una metáfora, sino la expresión de un trauma colectivo. En la época que yo nací, 1977, hubo muchas desapariciones y la gente, aún la más desconectada de la política y la militancia, sabía lo que estaba pasando y tenía miedo de que les robaran a los bebés. De ese miedo y del trauma social que dejó es que se alimenta el episodio central de la novela, efectivamente. También de un miedo atávico que va más allá del momento histórico: hay que vigilar que el cachorro respira, hay que vigilar que al cachorro no se lo lleven los lobos. Pero, en cuanto a la desaparición, me he encontrado con ese elemento también en otras obras, en el sentido de que es algo que pasa pero que no estaba planificado. Pasa en *Pichis*, pasa en *La subversión de la lluvia*. Hay personajes que desaparecen y de los que no se vuelve a saber, de cuyo paradero no hay más respuesta.

G.G.R. - En *La subversión de la lluvia*, Javier Sepúlveda, el protagonista de la novela, es un pequeño héroe invisible que se mueve en una distopía. Emprende un proyecto descabellado y consciente de sus muy escasas posibilidades de éxito, y no obstante, insiste en su propósito. Remite a aquellas figuras arltianas de soñadores y revolucionarios, que acaban siendo entrañables en su fracaso.

¿Podría decirse que Sepúlveda lucha, aun sabiendo que nada va a conseguir, por un mundo menos sucio?

M.L. – No sé si menos sucio. No sé si él sabe por qué lucha. Hay un personaje, un viejo español que le habla, o bien es él que imagina que el personaje le habla, y le dice que en realidad ya se ha dado cuenta de que Sepúlveda no quiere hacer algo bueno, sino solo tirarse a los engranajes del sistema para salpicar a sus seres queridos. Esto porque Sepúlveda se pregunta muchas veces y de diversas maneras, por qué hace lo que hace, cuál es su verdadero motivo, qué hay en su relación con los demás, con su hijo, con su ex-mujer, con sus colegas, con su familia de origen y con la sociedad en general desde su rol de operario, pero luego decide que eso no importa, porque considera que el plan en sí es bueno. También es cierto que, así como él sabe que no va a conseguir lo que haría falta, igualmente hace lo que puede. Eso que sí puede hacer es al fin lo que hacemos todos, en general sin tener una idea cabal de a qué corriente sumamos efectivamente nuestra fuerza.

G.G.R. – ¿Sigue siendo Uruguay un país de lectores? ¿Qué tipo de ficción piden, o exigen, los lectores y las editoriales para que la literatura sea negocio?

M.L. – Al parecer hay un gusto por la novela histórica. Los libros que más se venden en la actualidad, a veces de poca calidad literaria, a veces de mucha calidad, están basados en historias reales. Un país con una gran población envejecida tiene, supongo que naturalmente, una propensión a buscar las respuestas en un pasado al que, cuando joven, no había prestado atención.

Montevideo, 21 de mayo de 2023